

# GRIEGOS Y NO GRIEGOS EN ÁMBITOS COLONIALES: CONFLICTOS E INTERACCIONES

## Greeks and non-Greeks in colonial areas: conflicts and interactions

ADOLFO J. DOMÍNGUEZ MONEDERO \*

Universidad Autónoma de Madrid

Recibido: 13/11/2011

Aceptado: 07/05/2012

### Resumen.

El presente trabajo analiza los mecanismos de la interacción entre griegos e indígenas en el Mediterráneo occidental. Se establecen los tres modelos básicos que han seguido los griegos durante el proceso de instalación para, a continuación, analizar las estrategias que han seguido los griegos para justificar su apropiación de territorios previamente ocupados por poblaciones locales. La última parte del artículo analiza diversas formas de resistencia a la acción griega y se finaliza con algunas reflexiones sobre los intercambios culturales que han tenido lugar en esos contextos coloniales.

**Palabras clave:** Colonización griega, poblaciones locales, contactos culturales, resistencia, hibridación.

### Abstract.

This paper discusses the mechanisms of interaction between Greeks and natives in the western Mediterranean. The three basic models which have followed the Greeks during the installation process are analyzed; in the second place the strategies carried out by the Greeks to justify their appropriation of territories previously occupied by local populations are also addressed. The last part of the article deals with various forms of resistance to the Greek action and ends with some reflections on the cultural exchanges that have taken place in colonial contexts.

**Key words:** Greek colonization, local populations, cultural contacts, resistance, hybridity.

---

\* Departamento de Historia Antigua, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de Madrid - Ciudad Universitaria de Cantoblanco. 28049 Madrid. E mail: adolfo.dominguez@uam.es. Este trabajo se realiza dentro del Proyecto de Investigación HAR2011-25443 subvencionado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

## Griegos y no griegos en ámbitos coloniales: conflictos e interacciones<sup>1</sup>

Antes de iniciar nuestro estudio conviene hacer algunas consideraciones iniciales. La primera de ella se refiere a que cuando nos referimos a «colonias» en el mundo griego, este concepto es en esencia distinto al nuestro puesto que, en el caso griego, nos estamos refiriendo a comunidades independientes, semejantes en todo a sus metrópolis (literalmente «ciudad madre»), pero sin que haya ni una dependencia de ella ni un apoyo militar de la misma <sup>2</sup>.

Este carácter específico que asume el fenómeno al que, en parte por comodidad y en parte por tradición, llamamos «colonización» griega, implica que cada una de esas colonias debe negociar sus contactos con el entorno indígena circundante de forma individual; ello mismo determina la amplia variabilidad que asumen esos contactos así como las modificaciones que los mismos experimentarán a lo largo del tiempo

Atendiendo a las informaciones que nos aportan las fuentes literarias, podríamos establecer tres modelos básicos a los que se acomodan estos contactos:

- Destrucción del lugar indígena y ocupación griega.
- Negociación con los indígenas y ulterior desposesión.
- Negociación con los indígenas y permanencia de éstos.

Para ejemplificar cada uno de los modelos podemos echar un vistazo a los principales casos que conocemos a partir de las propias tradiciones que elaboraron los antiguos, aun cuando sin que perdamos de vista que las mismas suelen presentar siempre un sesgo favorable a los intereses y pretensiones de las ciudades griegas, que tratarán de justificar *a posteriori* sus procesos de implantación sobre los territorios que ocuparán <sup>3</sup>.

Por lo que se refiere al primer modelo (destrucción del lugar indígena y ocupación griega), podemos mencionar las informaciones referidas a Siracusa y a Tarento.

Para Siracusa disponemos, sobre todo, del siguiente texto de Tucídides: «Siracusa fue fundada ... por Arquias, de la familia de los Heráclidas, que vino de Corinto; primero expulsó a los sículos de la isla en la que se halla la ciudad interior» (Tucídides, VI, 3, 2). En él la fundación de la ciudad es la consecuencia inmediata de la expulsión de los indígenas, que se convierte así en el requisito previo para que aquélla se produzca; la arqueología parecería confirmar este hecho<sup>4</sup> aunque siem-

1 Este trabajo se realiza dentro del Proyecto de Investigación HAR2008-04081 subvencionado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

2 DE ANGELIS (2009): 48-64; Id. (2010): 251-256.

3 NENCI, G y CATALDI, S. (1983): 581-605.

4 FRASCA, M. (1983): 565-598.

pre caben matices<sup>5</sup>. Sea como fuere, sí que podemos asegurar que, para los siracusanos del s. V a.C., momento en el que parecen configurarse de forma definitiva las tradiciones referidas a los primeros momentos de vida de la ciudad, el origen de su ciudad se vio precedido por la expulsión de los indígenas. Esta visión habría que relacionarla con el dominio que en esos momentos ejerce Siracusa sobre las poblaciones indígenas de buena parte de la Sicilia oriental, tal y como atestigua, entre otros, Tucídides (VI, 88).

Un caso algo diferente, pero dentro de este mismo tipo de establecimiento nos lo proporciona Tarento. De entre las diversas informaciones existentes, escogeré el siguiente texto: «A Falanto se le envió a consultar a la divinidad sobre la fundación de una colonia. Y ésta respondió: “Yo te concedo Satirio, habitar las fértiles tierras de Tarento y convertirte en el azote de los yapigios”» (Estrabón, VI, 3, 2). En esta ocasión, los tarentinos justifican, mediante un oráculo delfico, la concesión del territorio por parte de los dioses, siempre en detrimento y en abierta hostilidad con las poblaciones indígenas. También sabemos, merced a la arqueología, que esta visión no se corresponde por completo a la realidad al menos durante el periodo arcaico<sup>6</sup>, momento en el que en áreas más o menos integradas en el territorio de la ciudad griega existen poblaciones indígenas. No obstante, los conflictos que se desarrollarán ya en época clásica entre los tarentinos y las poblaciones locales, de gran dureza e intensidad<sup>7</sup>, habrán determinado una relectura de los momentos iniciales de la ciudad griega según la cual la enemistad entre ambos mundos procedería del mismo momento de la llegada de los colonos espartanos. Aunque podamos ver, pues, cómo la tradición se irá adaptando con el tiempo a las nuevas circunstancias, también podemos sugerir, a partir sobre todo de ejemplos que veremos a continuación, cómo es posible que en Tarento no haya existido ningún recuerdo consolidado que describiese el momento del contacto, lo que permitió el desarrollo de la visión del conflicto violento.

Un segundo tipo de modelo de relación viene representado por una inicial negociación con los indígenas, que habrían consentido el asentamiento griego, seguida no mucho tiempo después por una desposesión por parte de éstos, por lo general empleando procedimientos engañosos. Es interesante subrayar este último hecho puesto que, como veremos, con frecuencia se cruzan juramentos entre griegos e indígenas lo que, en principio, presupone el reconocimiento mutuo de la igualdad entre quienes los toman y los reciben y suele ser una práctica habitual

---

5 DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J. (2006): 269-272.

6 Por ejemplo, gracias a las excavaciones en L'Amastuola: BURGERS, G.J. y CRIELAARD, J.P. (2007): 77-114.

7 LOMBARDO, M. (2002): 253-279.

en los acuerdos internacionales<sup>8</sup>; el quebrantamiento de los juramentos acarrea males terribles por lo que cuando los griegos quieren incumplirlos, hacen uso de la astucia (*metis*) de modo tal que sin violar la literalidad del juramento al final se ven libres del compromiso adquirido, un tipo de comportamiento que los griegos atribuyen, en ocasiones, a los propios dioses<sup>9</sup>.

Veamos, dentro de este modelo, los casos de Leontinos y Locris Epicefiria. Por lo que se refiere a la primera, Polieno, (*Estratagemas*, V, 3) nos informa de que «Teocles, que conducía a los calcidios de Eubea, ocupó la ciudad de Leontinos en compañía de sículos que precisamente la habitaban antes ... Los megarenses, tras ocupar armados el ágora y la acrópolis, cayeron sobre los sículos. Y éstos, cogidos sin armas, huyeron». El establecimiento calcidio en Leontinos tiene lugar como consecuencia de un acuerdo entre los griegos y los indígenas; como los juramentos les impiden a aquéllos actuar contra éstos, aprovechan la llegada de un grupo de megarenses para que éstos, que al haber venido despues, no se hallaban comprometidos por ese vínculo sagrado, sean quienes expulsen a los sículos. Más adelante, ellos serán también desalojados por los calcidios que, de este modo, se quedan con la propiedad total de la ciudad.

En el caso de Locris Epicefiria el mismo autor (Polieno, *Estratagemas*, VI, 22), nos informa de que «los locrios de Italia ... juraron guardar la constitución de un modo firme mientras pisasen esa tierra y llevaran las cabezas sobre los hombros. Un solo día después los locrios mataron a los sículos que creyeron en los juramentos, con el pretexto de que ya no caminaban sobre la misma tierra ni llevaban las cabezas sobre los hombros». Aquí el engaño consistió en que, en el momento de realizar los juramentos, los locrios se habían colocado sobre los hombros cabezas de ajo y entre los pies y las sandalias tierra; de nuevo, el respeto a la literalidad de lo jurado permite un incumplimiento del juramento gracias a la astucia con la que los griegos se imaginan superiores a los indígenas, poco duchos en esos ardides.

Ambos casos, de cualquier modo, no dejan de ser sospechosos y, en todo caso, dan lugar a reflexiones de interés. La más relevante tiene que ver con lo que con mucha probabilidad había sucedido, a saber, la interacción y el acuerdo, desde el primer momento, entre los griegos recién llegados y las poblaciones indígenas, que pueden haber dado lugar a fenómenos de cohabitación y, eventualmente, de «hibridación» por usar una terminología que cada vez se va introduciendo más en los estudios sobre los contactos culturales<sup>10</sup>. Aunque con el paso del tiempo los griegos, en especial los de los ámbitos coloniales, al ir desarrollando una identi-

---

8 LONIS, R. (1980): 267-286.

9 CALLAWAY, C. (1993): 15-26.

10 ANTONACCIO, C. (2003): 57-74; TSETSKHLADZE, G.R. (2006): lvii-lviii.

dad cada vez más etnocéntrica y exclusivista<sup>11</sup>, pueden haber sentido la necesidad de despojarse de cualquier elemento que pudiera cuestionar su helenicidad y ello justificaría tanto el desarrollo de interpretaciones según las cuales a su llegada las tierras que iban a ocupar estaban vacías o eran vaciadas por la fuerza como el de unos primeros acuerdos que acto seguido dan paso a una expulsión, por lo general mediante el uso de la astucia. La diferencia entre estos dos modelos es que en el segundo de ellos la existencia de tradiciones de pactos y acuerdos con los indígenas debía de ser tan fuerte que hubiera sido difícil prescindir de ella a voluntad, lo que determinaría el desarrollo del *topos* del engaño para, sin rechazar estos primeros acuerdos, justificar su inmediata supresión, eso sí, sin violentar lo jurado.

Lo que este procedimiento nos muestra, en cualquier caso, es la realidad de esos contactos en los momentos iniciales, que no han podido ser silenciados por las tradiciones posteriores y cuyos efectos se ha buscado paliar desarrollando relatos en los que pronto aparecían obviados.

El tercer modelo de contactos viene representado por la negociación con los indígenas y la permanencia de los mismos y, en su caso, su integración. Para ejemplificar este modelo disponemos de los casos de Mégara Hiblea y de Masalia.

Con respecto a Mégara, cuya historia fundacional es de gran complejidad, puesto que los que acabarán fundándola sufren diversas vicisitudes, nos informa Tucídides (VI, 4, 1) de que, al final de ellas, los que habían sobrevivido a las mismas «tuvieron que partir de Tapso y, bajo la dirección del rey sículo Hiblón, que les cedió el terreno, fundaron la colonia que se llamó Mégara Hiblea». En este caso nos encontramos con el hecho escueto del otorgamiento del territorio por un rey indígena a los griegos; no hay por qué descartar que este presunto altruismo pueda haber tenido otros motivos (apoyo frente a eventuales enemigos, por ejemplo<sup>12</sup>), en cuyo caso los beneficios habrían sido mutuos. Conocemos otro caso en que un rey indígena ofrece tierras a los griegos, el del rey tartesio Argantonio: «Pues bien, los foceos se hicieron tan grandes amigos de este hombre, que primero les animó a abandonar Jonia y a establecerse en la zona de su dominio que prefiriesen; y posteriormente, al no lograr persuadir a los foceos sobre el particular, cuando se enteró por ellos de cómo progresaba el miedo, les dio dinero para circundar su ciudad con un muro» (Heródoto, I, 163). A diferencia del caso de Mégara, los foceos no aceptan la oferta del rey tartesio y, más adelante, cuando hubieran podido necesitarla, se nos informa de que ya no fue posible porque el rey Argantonio había ya fallecido (Heródoto, I, 165).

---

11 HALL, J.M. (2002).

12 BERNABÒ BREA, L. (1968): 161-186.

En el caso de Mégara Hiblea, sin embargo, la oferta es aceptada, aunque no disponemos de más datos acerca de cómo pudieron desarrollarse esas relaciones. Sin embargo, este ejemplo presenta algunas características peculiares derivadas de la historia de la ciudad. Mégara fue destruida y buena parte de su población trasladada a Siracusa en el año 483 a.C. (Tucídides, VI, 4, 2) por lo que dejó de existir antes de la época clásica. Es por ese motivo por el que en Mégara no se habría desarrollado ninguna otra versión alternativa a su fundación como sí ocurrió en esas otras ciudades que (como Leontinos o Locris Epicefria) sí sobrevivieron hasta la época clásica que es el momento en el que, bajo la influencia de las Guerras Médicas y, en el Occidente griego, de la presión cartaginesa, parecen desarrollarse visiones que inciden en la pureza étnica griega y, por extensión, en su superioridad<sup>13</sup>.

El último ejemplo que traeremos a colación para ejemplificar este modelo es el de Masalia. La historia de la fundación de Masalia es bastante compleja puesto que la ciudad parece conocer, en la práctica, dos fundaciones. La inicial, a principios del s. VI a.C., que es a la que se refiere el episodio que vamos a comentar y un segundo momento, que para muchos masaliotas debió de equivaler a una refundación poco después de mediados del mismo siglo<sup>14</sup>. Durante la fundación a inicios del s. VI, conocida por un texto fragmentario de Aristóteles procedente de la «Constitución de los masaliotas» (frag. 549 Rose) y por Justino se nos asegura que al llegar los foceos al lugar donde surgiría la ciudad se encontraron la celebración de las bodas de la hija del reyezuelo local que, según sus costumbres, debía hacer entrega de agua a aquél a quien quisiese desposar. Los griegos son invitados a unirse a la ceremonia, momento en el que «olvidándose de todos y volviéndose a los griegos, la doncella ofrece el agua a Protis que, convertido de huésped en yerno, recibió de su suegro un sitio para fundar la ciudad» (XLIII, 3, 11).

En este caso, pues, la concesión del espacio para fundar la ciudad se relaciona con la unión mediante matrimonio con la estirpe del reyezuelo; no parece que, a diferencia de las ciudades griegas del Mediterráneo central, Masalia haya desarrollado ninguna versión alternativa para tratar de ocultar o disimular su origen como resultado de la intervención indígena. Es más, da la impresión de que la causa de que ello no se haya producido se debe a que todavía había familias en la ciudad que se consideraban descendientes de los primeros colonos, entre ellas una que aún existía en el siglo IV y que se llamaban Protiadas (Aristóteles, frag. 549 Rose) por descender de Protis, el fundador, y de su esposa indígena. Por consiguiente, da la impresión de que Masalia ha aceptado su doble origen, griego e indígena, sin que ello haya preocupado en exceso a sus habitantes.

---

13 HALL, E. (1989).

14 DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J. (2010a): 377-401.

Como apuntábamos antes, los griegos se plantean con frecuencia dónde radican sus derechos a ocupar el territorio en el que establecen sus fundaciones. La conquista es, sin duda, un buen argumento y, por ello, el énfasis que veíamos en el primer modelo en insistir en la expulsión de los indígenas o la hostilidad permanente hacia ellos. La guerra es un elemento legitimador como también lo son los acuerdos con los (legítimos) ocupantes anteriores del territorio. Pero, sin embargo, da la impresión a veces de que esto no es considerado suficiente, sobre todo cuando hay guerras de por medio ya que hay que dar la apariencia de que la misma ha sido provocada por causas justas y ello lleva a los griegos a desarrollar otro tipo de relato que justificaría su intervención, con frecuencia violenta.

Uno de estos filones viene representado por las leyendas que consideran a las poblaciones indígenas descendientes de los troyanos, con lo cual los griegos legitiman su ocupación al justificar la misma como la continuación de la guerra de Troya y de la enemistad perpetua entre los descendientes de quienes integraron ambos bandos<sup>15</sup>. Un caso que aparece mencionado con frecuencia entre ciudades de origen troyano es Siris: «Se propone como prueba que [Siris] es un asentamiento de los troyanos el hecho de que allí se erige una estatua de madera de la Atenea de Troya, respecto a la cual se cuenta la leyenda que cerró los ojos cuando sus suplicantes fueron arrojados por los jonios que habían capturado la ciudad. Éstos, en efecto, llegaron como colonizadores ... y tomaron por la fuerza la ciudad» (Estrabón, VI, 1, 14). Es un caso claro, aunque lleno de implicaciones, en el que las pretensiones de dominio violento se justifican mediante el recurso al pasado legendario, que legitima las acciones del presente.

Otro caso de antecedentes troyanos se le aplica a los élimos, la población indígena del oeste de Sicilia, aunque en este caso con matices distintos: «Cuando Ilión fue conquistada, algunos troyanos que consiguieron escapar de los aqueos llegaron en sus barcos a Sicilia y se establecieron en la vecindad de los sicanos; tomaron en común el nombre de élimos, pero formaron dos ciudades, Erice y Egesta» (Tucídides, VI, 2, 3). Sin duda ninguna esta «troyanización» de los élimos tiene que ver con los intereses griegos en la región, incluso de los de la Grecia propia que durante el s. V intervienen cada vez con más intensidad en esos territorios y que necesitan de esas explicaciones para justificar sus ansias expansionistas y de control<sup>16</sup>. Eso es bastante claro por lo que se refiere a Atenas cuyas relaciones con la ciudad élima de Segesta son bien conocidas por la tradición literaria y por la epigrafía<sup>17</sup> y que figurará, en último término, como el pretexto para la intervención ateniense en Sicilia

---

15 MUSTI, D. (1981): 1-26.

16 NENCI, G. (1987): 921-933; BRACCESI, L. (1989): 107-114; SAMMARTANO, R. (2003): 1115-1148.

17 GIANGIULIO, M. (1997): 865-887.

en el año 415 a.C. (VI, 6) que tan desastrosa resultará para la ciudad griega. En este caso, el carácter troyano, en lugar de ser equivalente a «bárbaro» estaría más próximo de lo griego puesto que una serie de tradiciones, alguna de las cuales conocerá un amplio desarrollo con el tiempo (por ejemplo, en Dionisio de Halicarnaso, I, 60, 3-62; I, 90; VII, 70-71), tendían a considerar como griegos a los troyanos. Para Atenas esto es importante porque justifica su intervención a favor de unas poblaciones que, en lugar de ser consideradas bárbaras, forman parte del mundo griego.

Vemos, pues, como la asignación de un identidad troyana sirve tanto para justificar la conquista como para hacer más presentables unas alianzas con poblaciones con las que, en principio, hay pocas relaciones.

Otro ejemplo de cómo los griegos manipulan las tradiciones legendarias para justificar sus intereses lo tenemos también con relación a esas mismas poblaciones élimas. En este caso, y ante el interés espartano por establecer una colonia en esos territorios a finales del siglo VI, que se llamaría Heraclea, se desarrolla la idea de vincular a esas poblaciones con Heracles, héroe muy relacionado con la ciudad de Esparta; de tal modo, el héroe viajero habría llegado hasta esos territorios occidentales de Sicilia, donde se habría enfrentado con Érix, rey epónimo de la ciudad de Érice: «Entonces Érix estuvo conforme con el acuerdo y luchó contra él; fue vencido y perdió su país. Heracles entregó la región a los indígenas y estuvo de acuerdo en que ellos recogieran los frutos hasta el momento en que uno de sus descendientes llegara al país y lo reclamara; y esto, precisamente, es lo que ocurrió» (Diodoro, IV, 23, 3).

Mediante esta leyenda, los espartanos justificarían sus aspiraciones al dominio de esa zona recurriendo a ese mito en el que héroe Heracles, antepasado de los espartanos, habría derrotado al rey local; la ocupación efectiva se habría pospuesto durante varias generaciones pero los acuerdos establecidos en un remoto pasado seguirían teniendo plena validez. Por desgracia, no sabemos qué pensaron de esta usurpación de identidad los propios élimos, aunque en el caso del intento espartano por ocupar su territorio éstos acabaron llevando la peor parte, al morir el líder de la expedición, el príncipe espartano Dorieo y una buena parte de sus seguidores (Heródoto, V, 46).

El caso de los élimos muestra, pues, cómo los griegos asignan roles a esta población indígena de acuerdo con sus intereses respectivos; así, de descendientes de un pueblo conquistado por Heracles para los espartanos, como medio de justificar su conquista, a descendientes de los troyanos, convertidos en un pueblo griego para hacer más asumible para los atenienses una alianza con ellos tendente a conquistar y dominar a otras poblaciones griegas de Sicilia, como los siracusanos. Los cambios y asignaciones de identidades, casi siempre otorgadas por los griegos, a las poblaciones indígenas son un instrumento de dominio y de control; ello no impide, no



obstante, que las propias poblaciones no griegas puedan haber acabado aceptando el rol que los griegos les habían asignado si bien lo utilizarán para sus propios fines que no son casi nunca aquellos que los griegos habían pretendido. Sin duda el caso mejor conocido es el de la tradición de los orígenes troyanos de Roma que le servirá a la ciudad del Lacio, en la cima de su poder, para exhibir una identidad propia, gloriosa al integrarse en la tradición épica griega, pero mezclada con el propio mundo aborigen de Italia, en una combinación que es, si no antigriega en sentido estricto, sí es al menos polémica con respecto a lo que Grecia significa<sup>18</sup>.

Otro filón distinto, pero que puede haber tenido la misma función, es el vinculado con el mítico rey cretense Minos, que tiene especial arraigo en la Sicilia centro-meridional, donde ya desde el inicio de la colonización griega surge la ciudad de Gela, formada por un contingente compuesto por rodios y cretenses (Tucídides, VI, 4, 3) que conservan, en especial estos últimos, una especial relación con su mítico antepasado. Son numerosas las tradiciones que vinculan al rey Minos con Sicilia, pero la más importante es la que le hace llegar hasta la isla persiguiendo a Dédalo, el arquitecto que diseñó su laberinto y que huyó por aire de Creta. El rey Minos habría llegado hasta Cámico, donde el rey Cócalo le habría acogido para darle muerte de forma traicionera mientras Minos disfrutaba de un baño. Diodoro (IV, 79, 4) pone en relación al mítico rey y a su tumba con Gela, su colonia Agrigento y con la metrópolis: «Fue en tiempos más recientes, después de la fundación de la ciudad de Agrigento, cuando, al descubrirse el depósito de los huesos [de Minos], se desmanteló la tumba y los huesos fueron devueltos a los cretenses; esto ocurrió cuando Terón era señor de los acragantinos». Otra vez un viejo héroe sirve como pretexto para la fundación de una colonia y, al tiempo, para reestablecer vínculos con la metrópolis mediante el retorno de sus huesos, algo que tiene bastantes paralelos en el mundo griego (por ejemplo, el retorno de los huesos de Teseo a Atenas por obra de Cimón en un momento en el que Atenas está alcanzando una posición notable en Grecia: Plutarco, *Teseo*, 36; *Cimón*, 8).

Como muestran estos últimos casos considerados, la diversidad de las relaciones entre griegos y no griegos no se reduce a los momentos fundacionales, sino que persiste a lo largo del tiempo y va conociendo diversas formas y facetas. La consolidación de las ciudades griegas y los cambios que se producen, como consecuencia de los contactos, en el mundo indígena (o, más bien, en los «mundos indígenas») van produciendo fenómenos diversos según los intereses de las ciudades griegas y según también los propios rasgos de las poblaciones no griegas. Podemos ejemplificar procesos bastante diferentes abordando la situación de Síbaris por un lado y de Gela y Siracusa entre los años finales del siglo VI y los iniciales del siglo V a.C.

---

18 CRISTÓBAL, V. (1993): 59-72; SIMON, E. (2001): 154-173; ERSKINE, A. (2001).

En el caso de Síbaris, Estrabón (VI, 1, 13) nos da una información de notable valor: «Antiguamente, Síbaris disfrutó de una fortuna tal que llegó a comandar a los cuatro pueblos vecinos, tuvo como súbditos a veinticinco ciudades, envió una expedición de trescientos mil hombres contra Crotona y llenó con sus habitantes un recinto de cincuenta estadios sobre el Cratis». Según este autor, la ciudad aquea estableció un área de control territorial que la convirtió en una de las ciudades más poderosas de todo el Occidente griego; no entra Estrabón en detalles acerca de cómo consiguió Síbaris hacerse con este «imperio» y, aunque podemos pensar que también el uso de la fuerza pudo jugar su papel, un documento epigráfico, procedente sin duda del tesoro de los sibaritas en el santuario de Zeus en Olimpia, nos muestra otros posibles mecanismos. Se trata de una placa de bronce en la que se encuentra inscrito un tratado entre la ciudad de Síbaris y los serdeos datable quizá en el último tercio del siglo VI a.C.; a pesar de los múltiples debates que el documento ha suscitado y que tienen que ver sobre todo con la identificación de estos individuos, se admite en general que podría tratarse de algún pueblo indígena del Sur de Italia, lo que confirmarían también las acuñaciones atribuidas al mismo<sup>19</sup>. El tratado dice lo siguiente: «Se han puesto de acuerdo los sibaritas y sus aliados y los serdeos para realizar un tratado de amistad en lealtad y sin engaños para siempre. Garantés, Zeus, Apolo y los otros dioses y la ciudad de Posidonia».

La importancia del texto del tratado, colocado en santuario de Zeus para garantizar su cumplimiento, es grande porque permite matizar los datos de la noticia de Estrabón que mencionábamos antes, ya que en ella se aludía a pueblos súbditos mientras que en el epígrafe Síbaris aparece con sus aliados, a los que sin duda hay que buscar entre las poblaciones indígenas del Sur de Italia, a los que se suman los serdeos, otro pueblo indígena. No cabe duda de que Síbaris da gran importancia a ese tratado (y seguramente a todos los que ya habría establecido) puesto que exhibe el instrumento jurídico del mismo en uno de los puntos de mayor visibilidad de todo el mundo griego, como era el santuario de Olimpia; ello muestra más allá de toda duda cómo para algunas ciudades griegas el tener aliados entre las poblaciones indígenas formaba parte de su cotidianeidad. Del mismo modo, no hay duda de que el poder de Síbaris en vísperas de su caída residía en esa capacidad de liderar a las poblaciones locales de un amplio territorio del sur de Italia.

Un caso muy distinto es el que representa primero Gela y luego Siracusa. De la mano de sucesivos tiranos (Cleandro, Hipócrates, Gelón) (Heródoto, VII, 154) la ciudad de Gela inicia en los años finales del siglo VI un proceso de expansión en detrimento de las poblaciones indígenas limítrofes, pero también de otras ciuda-

19 GRECO, E. (1990): 39-57; GIANGIULIO, M. (1992): 31-44; CRISTOFANI, M. (1994): 284-285; BROUSSEAU, L. (2010): 257-285.

des griegas. Heródoto nos da algunas informaciones sobre estos personajes: «Hipócrates puso sitio a Calípolis, Naxos, Zancle y Leontino, además de Siracusa y de numerosas ciudades bárbaras» (Heródoto, VII, 154, 2); «al propio Hipócrates, que había ejercido la tiranía el mismo número de años que su hermano Cleandro, le sorprendió la muerte en las inmediaciones de la ciudad de Hibla, durante una expedición contra los sículos» (Heródoto, VII, 155, 1). Será, sin embargo, Gelón quien proseguirá esta política de expansión, que le llevará hasta la propia Siracusa, sobre la que ejercerá su poder y a la que acabará trasladándose y desde la que alcanzará el dominio sobre una parte considerable de la Sicilia suroriental, subyugando a una parte importante de las poblaciones indígenas (Heródoto, VII, 155-156).

Los casos de Síbaris y Gela, casi contemporáneos, aunque el de Síbaris se verá interrumpido por su conquista y destrucción por parte de su vecina Crotona hacia el 510 a.C., muestran cómo algunas de estas colonias han ido alcanzando unos recursos y unas fuerzas lo suficientemente importantes como para llevar a cabo unas ambiciosas políticas de expansión territorial. Aunque los mecanismos que ambas han empleado hayan sido distintos el objetivo es similar: controlando los territorios indígenas estas ciudades buscan ampliar su área de captación de recursos (naturales y humanos), incrementar los ingresos por vía de impuestos, contribuciones o tributos, en ocasiones conseguir tropas con las que incrementar su propio poder y convertirse en ciudades hegemónicas no sólo de cara a los indígenas sino también de cara a las otras ciudades griegas.

Ante esta nueva situación no conocemos con detalle cómo se produce la resistencia indígena aunque sin duda ésta se da; como veíamos en uno de los textos de Heródoto recién mencionados, el tirano Hipócrates de Gela pagó con la vida su intento de conquistar la ciudad indígena de Hibla, prueba más que evidente de que, al menos en estos momentos del arcaísmo tardío y primer clasicismo, muchas de estas comunidades indígenas disponían de fuerzas y de determinación suficientes como para plantar cara a los griegos.

Conocemos algunos ejemplos, mencionados por nuestras fuentes, en los que podemos percibir estas resistencias indígenas, con frecuencia exitosas.

Una de las regiones que más refractaria se va a mostrar a las agresiones griegas es la esquina occidental de Sicilia, el territorio de los élimos a los que ya nos hemos referido con anterioridad. En esta región se conocen dos intentos de establecimiento griego, uno hacia el 580 a.C. y el otro hacia el 510 a.C., ambos saldados con rotundos fracasos. El primero de ellos es protagonizado por un contingente de cnidios y, tal vez, rodios que tras varios intentos frustrados de asentarse en Sicilia, ponen sus miras en el área elima, en la que los selinuntinos se encontraban en guerra con los segesteos: «Pentatlo y sus hombres navegaron a Sicilia, hasta la zona del cabo Lilibeo y encontraron que los egesteos y los selinuntinos estaban en

guerra entre ellos. Persuadidos por los selinuntinos a aliarse con ellos, en la batalla perdieron muchos hombres, entre los cuales estaba el propio Pentatlo» (Diodoro, V, 9, 2-3). El fracaso de Pentatlo y los cnidios determinará que, como alternativa, los supervivientes acaben estableciéndose en las Lípari donde deberán adaptarse a las difíciles condiciones de esas islas lo que, en la práctica, significará dedicar buena parte de sus energías a la piratería<sup>20</sup>; en este caso, los cnidios parecen haber sido acogidos por las poblaciones locales.

El segundo intento, al que ya habíamos aludido páginas atrás, fue el de los espartanos comandados por el príncipe Dorieo hacia el 510 a.C.; en este caso «con Dorieo también se hicieron a la mar, para colaborar con él en la fundación de la colonia, otros espartiatas: Tésalo, Parébatas, Céleas y Eurileonte, quienes tras arribar a Sicilia con toda la expedición murieron en el curso de una batalla al ser derrotados por los fenicios y los egesteos» (Heródoto, V, 46, 1). Los de Segesta, ayudados por los fenicios, bien los establecidos en esa región de Sicilia bien, incluso, los propios cartagineses, impiden el asentamiento griego mediante la fuerza.

En ambos casos, los intentos griegos por establecerse en una zona estratégica, además de con buenas potencialidades agrícolas, se frustran ante la reacción de las poblaciones locales, que cuentan incluso con ayuda externa proporcionada por los otros colonizadores de Sicilia, los fenicios. Frente al éxito que supuso para los griegos la colonización de otras partes de Sicilia, sorprenden los reiterados fracasos en este otro territorio.

Otro episodio que tiene lugar de nuevo en Sicilia y que puede calificarse tanto de resistencia como de reacción al dominio griego es el que protagoniza el jefe sículo Ducetio frente a Siracusa y Agrigento entre los años 465 y 440 a.C.; este individuo sabe capitalizar el descontento de las poblaciones indígenas de la Sicilia oriental, agraviadas por la acción de Hierón de Siracusa que, al refundar Catania con el nombre de Etna, priva a los indígenas de la zona de parte de sus territorios. Tras la caída de la tiranía consigue formar una unión de poblaciones sículas a las que da la forma de un estado federal de cuño griego (*synteleia*), establece un lugar de culto común centrado en los dioses indígenas Pálicos, crea una nueva capital sícula, Palike, así como un ejército unificado que durante unos años consigue importantes victorias sobre los griegos de las dos ciudades mencionadas llegando a sitiar y tomar algunos de sus puntos avanzados en el interior sículo, como ocurrió con Motio en el 451 a.C.: «Ducetio, que estaba al frente de los sículos, conquistó Etna, después de haber matado... al comandante de la plaza; después ... puso sitio a Motio, que estaba bajo el control de una guarnición acragantina. Cuando los acra-

---

20 MERANTE, V. (1967): 88-104; FIGUEIRA, T.J. (1984): 179-206; COLONNA, G. (1984): 557-578; DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J. (1988): 84-100; CAVALIER, M. (1999): 293-302.

gantinos, con ayuda de los siracusanos, acudieron en auxilio de la plaza, Ducetio entabló la batalla y, después de obtener la victoria, expulsó a los dos ejércitos de sus campamentos» (Diodoro, XI, 91, 1).

Los cambios que se producen en estos momentos en la Sicilia indígena son de gran relevancia y afectan no sólo al ámbito organizativo y político sino también al religioso e ideológico<sup>21</sup>; no obstante, el movimiento de Ducetio fracasa y, antes de ser capturado, el líder sículo se acoge a sagrado en Siracusa desde donde es enviado a Corinto. Tras unos años allí regresa a Sicilia con el propósito de fundar una colonia mixta greco-sícula en el norte de la isla, en la localidad de Cale Acte, muriendo allí mientras se ocupaba de dicha fundación<sup>22</sup>.

Esta capacidad de resistencia de las poblaciones indígenas frente a la agresión griega muestra también matices de interés puesto que no se trata, en líneas generales, de una reacción indiscriminada contra todo lo griego sino contra determinadas políticas llevadas a cabo por algunos griegos. En este sentido, es relevante el caso de Segesta, a la que hemos visto antes defendiendo su territorio frente a ataques externos procedentes sobre todo de su vecina Selinunte. Ello no impide que, como también habíamos visto antes, la ciudad élida busque la alianza con otra ciudad griega, aunque muy alejada de su entorno, como será Atenas: «Los de Segesta habían entrado en guerra con los selinuntinos, de quienes eran vecinos, por unas cuestiones relativas a los matrimonios y por un territorio que se disputaban y los selinuntinos habían llamado como aliados a los siracusanos ... En vista de ello, los de Segesta ... les solicitaban [a los atenienses] el envío de una flota en su auxilio» (Tucídides, VI, 6, 2).

Además de por las fuentes literarias, la alianza entre Atenas y Segesta es confirmada por una inscripción que se halló en Atenas (*IG I<sup>3</sup> 11*) que contiene el texto de dicho acuerdo; a pesar del gran debate acerca de la cronología a asignar a ese tratado parece que el mismo puede datarse con bastante confianza en el año 418/7 a.C.<sup>23</sup>. En el epígrafe se puede leer lo siguiente tras los distintos estudios de los especialistas que han restituido las numerosas lagunas que contiene el texto debido al mal estado de la piedra: «Alianza y juramento entre los atenienses y los segestanos. El consejo y el pueblo han decidido ..., siendo prítano ..., secretario ..., presidente ..., y siendo arconte Antifón, Ar... propuso: por lo que se refiere a los segestanos, que se les haga el siguiente juramento: Seremos fieles aliados de los segestanos por

21 RIZZO, F.P. (1970); GALVAGNO, E. (1991): 99-124; JACKMAN, T. (2006): 33-48; MICCICHÈ, C. (2006): 121-134; CARDETE DEL OLMO, M.C. (2007): 117-129; DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J. (2010b): 131-184.

22 PRESTIANNI GIALLOMBARDO, A.M. (2006): 135-149.

23 CHAMBERS, M., GALLUCCI, R. y SPANOS, P. (1990): 38-63; CHAMBERS, M. (1993): 171-174; ID. (1994): 49-52.

siempre. Si ellos lo solicitan, les proporcionaremos ayuda y seguridad. El consejo y todos los magistrados jurarán en nombre de Zeus. Los sacerdotes realizarán ofrendas, tantas como consideren apropiadas aquellos que van a realizar el juramento. Los estrategos se ocuparán de que todos realicen el juramento. Un embajador será nombrado y enviado junto con los que tienen que realizar el juramento [en Segesta] para comprobar que estas cláusulas son juradas por los segestanos. El secretario del consejo hará que este decreto y el juramento sean inscritos en una estela de piedra en la Acrópolis; los poetas ejecutarán el contrato; los colacretas aportarán el dinero. La embajada de los segestanos será invitada a comer en el prítaneo en el tiempo habitual. Eufemo propuso: Lo anterior se entenderá como resuelto por el consejo. Pero en el futuro, cuando lleguen enviados desde Segesta, el heraldo los traerá [ante el consejo?] ... ».

La importancia del epígrafe es extraordinaria porque muestra cómo los atenienses otorgan a los segestanos un estatus de aliado con todas las garantías habituales en las relaciones entre estados, independientemente de que esta población siciliana sea de origen indígena; no figuran en el tratado las contrapartidas segestanas pero sí el compromiso ateniense de enviar ayuda militar a sus aliados si éstos lo requieren, lo que sabemos que ocurrió muy poco después de acordado el pacto. Otro decreto ateniense más breve ofrece las mismas garantías que las que tienen los segestanos a los habitantes de la también élima Halicias (*IG I<sup>3</sup> 12*)<sup>24</sup>.

Como mostraría la ya mencionada intervención ateniense en Sicilia, Atenas empleará las rivalidades entre algunas ciudades griegas de Sicilia y otros centros indígenas para intentar introducirse en la isla y poder llevar a cabo en ella su política hegemónica.

También en el ámbito magnogreco observamos rivalidades entre comunidades indígenas y ciudades griegas al tiempo que, de nuevo los atenienses, van a intervenir en apoyo de aquéllas para conseguir también sus cuotas de poder en el territorio. Quizá uno de los casos más significativos sea el referido a los mesapios, habitantes de la península salentina, que protagonizarán importantes enfrentamientos con los tarentinos. De entre ellos destaca uno que pudo tener lugar hacia el 467/6 a.C.: «Mucho tiempo después los tarentinos trataron de destruir todas aquellas ciudades [de los mesapios yapigios], si bien sufrieron un estrepitoso fracaso hasta el extremo de que, sin duda alguna, aquella fue, que nosotros sepamos, la mayor carnicería de todas las que se produjeron en el mundo griego, y que afectó a los tarentinos propiamente dichos y a los habitantes de Regio» (Heródoto, VII, 170, 3). Debió de ser una gran batalla, hasta el punto de haber sido calificada como la mayor carnicería sufrida en el mundo griego y su resultado, desfavorable para Ta-

---

24 CATALDI, S. (1997): 303-356.

rento y sus aliados agudizó el enfrentamiento con las poblaciones indígenas que, como veíamos páginas atrás, acabaría provocando esa sensación de enemistad que terminó encontrando eco en la reelaboración de las leyendas de fundación<sup>25</sup>. También entre las poblaciones locales los recuerdos de esa batalla parecen haber seguido vivos durante largo tiempo<sup>26</sup>.

Los mesapios constituyen uno de los pueblos itálicos que mantuvieron una destacada personalidad durante buena parte del periodo antiguo y, a pesar de recibir influencias de los griegos, no por ello dejaron de mostrar su hostilidad hacia la ciudad griega de Tarento<sup>27</sup>. Es, sin duda, en este contexto de oposición a esta ciudad en el que hay que entender la alianza que los mesapios y su dinasta Arta establecen con los atenienses y que implica el envío de tropas para colaborar con ellos en la expedición siciliana en el 413 a.C. Como asegura Tucídides (VII, 33, 4), «partiendo de allí [los atenienses] hicieron escala en las islas Quérades de Yapigia y embarcaron unos ciento cincuenta lanzadores de jabalinas yapigios de la tribu mesapia; y tras renovar un antiguo pacto de amistad con Arta, quien como soberano del lugar les había proporcionado los lanzadores, llegaron a Metaponto». El texto nos muestra en esos momentos la renovación de un pacto que sería parecido al que los propios atenienses habían realizado con otras poblaciones indígenas de Occidente como los ya mencionados con Segesta y Halicias aunque aquí sí vemos cómo los mesapios aportan tropas al ejército ateniense lo que sugiere un tipo de acuerdo distinto<sup>28</sup>.

Hemos ido presentando a lo largo de este artículo toda una serie de casos en los que se atestiguan relaciones y contactos, conflictos e interacciones entre los griegos y las poblaciones que se encontraron en los distintos territorios en los que establecieron sus ciudades o desarrollaron actividades de tipos diversos. Nos hemos centrado en el Mediterráneo Occidental para no dispersar demasiado nuestros datos pero fenómenos de este tipo también se dan en otras regiones en las que los griegos estuvieron presentes (Anatolia, el Egeo septentrional, el Mar Negro) y en otros momentos a los que no nos hemos referido en el presente estudio (el final del clasicismo, la época helenística).

Estos siglos de coexistencia dieron lugar a procesos de interacción cultural que provocaron profundos cambios en las sociedades que estuvieron en contacto. Frente a otras terminologías que han estado en uso tiempo atrás hoy se tiende a preferir conceptos como «hibridación» y términos emparentados para dar cuenta de los procesos y resultados de esos contactos aunque es un concepto también sometido

25 CORDANO, F. (1974-76): 203-206; NENCI, G. (1976): 719-738.

26 CASTRIZIO, D. (2010): 451-458.

27 LOMBARDO, M. (1992a): 76-109; Id. (1992b).

28 LUPPINO, E. (1980): 135-143.

a críticas. Recojo esta idea aparecida en un estudio de caso reciente: «Hibridismo es fusión y ruptura pero no al azar, puesto que surge de acuerdo con metáforas de semejanza y diferencia, a través de representaciones metonímicas de la parte por el todo y a través de imágenes de presencia parcial. En esta práctica metafórica de sustituir un término por otro, los agentes implicados ... explicitan detalles expresos preciosos acerca de semejanzas externas o internas percibidas, trazando un camino entre continuidades ocultas, detectando relaciones subyacentes pero esenciales y estableciendo analogías entre elementos que ya no pueden haber sido considerados contradictorios»<sup>29</sup>.

Sea como fuere, con esta u otra terminología, los cambios que producen los contactos culturales entre todos los agentes que interactúan en los ámbitos coloniales abordados en este estudio han sido reconocidos y analizados desde hace ya largo tiempo<sup>30</sup> y los mismos se observan en multitud de ejemplos. Entre ellos podemos citar las transformaciones de los rituales funerarios y la adopción de prácticas híbridas, como las que observamos en algunas necrópolis sicilianas<sup>31</sup>, pero también la creación de fenómenos religiosos nuevos en los que se seleccionan aquellos elementos que pueden servir para representar ideas que, también ellas, pueden haber surgido como consecuencia del contacto. Y, como muestra el caso de los dioses Palicos en Sicilia, tanto los griegos como los indígenas han manipulado su culto y sus significados para apropiarse de ellos o para presentarlo como la quintaesencia de la religiosidad indígena aunque manifestada empleando métodos tomados del mundo griego<sup>32</sup>.

Estos procesos incluirían, en más ocasiones de las que podemos atestiguar, el uso compartido de lugares de culto, tanto griegos pero también indígenas, como es el caso del Monte Papalucio, en Oria, Mesapia, donde un santuario en cueva recibe ofrendas de diversos tipos, entre ellas, cerámicas tanto de tipo indígena como procedentes de diversas ciudades griegas de la Magna Grecia<sup>33</sup>.

Junto a ello, procesos de monumentalización de centros indígenas, que van empleando elementos arquitectónicos de tipo griego para sus propias necesidades, creando también formas urbanas y arquitectónicas muy originales en las que se combinan las tradiciones locales con los elementos procedentes del artesanado griego<sup>34</sup>, afectando también a la religiosidad indígena.

---

29 JIMÉNEZ, A. (2011): 118.

30 DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J. (1989).

31 ALBANESE PROCELLI, R.M. (2003); ID. (2006): 109-120.

32 DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J. (2010b): 131-184.

33 D'ANDRIA, F. (1990): 239-307.

34 DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J. (2000): 119-172; a añadir al panorama que presenté en este trabajo otros hallazgos posteriores como el de la escultura de guerrero con inscripción griega aparecida en Castiglione di Ragusa: CORDANO, F. y DI SALVATORE, M. (2002).



Los aspectos que asume el contacto cultural entre griegos y no griegos en el Sur de Italia y de Sicilia son, pues, de una gran complejidad y resulta imposible establecer unas pautas mínimamente uniformes para todos esos territorios y ni tan siquiera un análisis regional puede dar cuenta de esa enorme variabilidad en comportamientos<sup>35</sup>. No obstante, nuestro objetivo a lo largo de estas páginas ha sido presentar una serie de casos e intentar reconducirlos a algunos modelos con la intención de mostrar al menos una serie de problemas que a pesar de haber recibido bastante atención por parte de la investigación siguen presentando gran número de puntos dignos de ser abordados. Los avances en el conocimiento de la cultura material, pero también la aplicación de nuevas herramientas metodológicas para abordar el estudio de las poblaciones en contacto que, a su vez, nos permitan hacer nuevas lecturas de la tradición literaria, serán los que nos ayudarán a ajustar nuestra aproximación a esos fenómenos de interacción y contacto que, en una perspectiva histórica de *longue durée*, nos llevan a entender procesos históricos de más amplio calado como los que terminaron por afectar al mundo mediterráneo y europeo en su conjunto con la emergencia de llamada cultura grecorromana. Creemos, por lo tanto, que en un marco de reflexión sobre «Minorías, Migraciones y Extranjeros» no podían dejar de faltar los griegos y los cambios que sus procesos migratorios aportaron a la conformación del Mediterráneo antiguo.

---

35 HODOS, T. (2006): 89-157.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALBANESE PROCELLI, R.M. (2003): *Sicani, Siculi, Elimi. Forme di identità, modi di contatto e processi di trasformazione*, Milán, Longanesi & C.
- ALBANESE PROCELLI, R.M. (2006): «Sepolture di guerrieri della prima metà del V secolo a.C. nella Sicilia interna: l'evidenza da Montagna di Marzo», MICCICHÈ, C., MODEO, S. Y SANTAGATI, L. (eds.): *Diodoro Siculo e la Sicilia indigena*, Palermo, Regione Siciliana: 109-120.
- ANTONACCIO, C. (2003): «Hybridity and the Cultures within Greek Culture», en DOUGHERTY, C. y KURKE, L. (eds.): *The Cultures within Ancient Greek Culture. Contact, Conflict, Collaboration*, Cambridge, Cambridge University Press: 57-74
- BERNABÒ BREA, L. (1968): «Il crepuscolo del re Hyblon. Considerazioni sulla cronologia delle fondazioni di Leontinoi, Megara e Siracusa e sulla topografia della Megaride di Sicilia», *Parola del Passato*, 23: 161-186.
- BRACCESI, L. (1989): «Gli elimi e la leggenda troiana», en *Gli Elimi e l'area elima fino all'inizio della Prima Guerra Punica*, Palermo, Società siciliana per la storia patria: 107-114.
- BROUSSEAU, L. (2010): «Le monnayage des Serdaioi revisité», *Revue Numismatique*, 166: 257-285.
- BURGERS, G.J. Y CRIELAARD, J.P. (2007): «Greek colonists and indigenous populations at L'Amastuola, southern Italy», *Bulletin Antieke Beschaving*, 82: 7-114.
- CALLAWAY, C. (1993): «Perjury and the Unsworn Oath», *Transactions of the American Philological Association*, 123: 15-26.
- CARDETE DEL OLMO, M.C. (2007): «Sicilia sícula: la revuelta étnica de Ducetio (465-440 a.C.)», *Studia Histórica. Historia Antigua*, 25: 117-129.
- CASTRIZIO, D. (2010): «Note di iconografia siceliota IV: Il ricordo del PHONOS ELLNIKOS MEGISTOS su una serie monetale di Kailia», *Polifemo*, 10: 451-458.
- CATALDI, S. (1997): «I rapporti politici di Segesta e Alicie con Atene nel V secolo a.C.», en *Seconde giornate internazionali di studi sull'area elima*, Pisa, Gibellina, Scuola Normale Superiore: 303-356.
- CAVALIER, M. (1999): «La fondazione della Lipara Cnidia», en *La Colonisation Grecque en Méditerranée Occidentale. (Collection de l'École Française de Rome, 251)*. Roma, École Française de Rome: 293-302.
- CHAMBERS, M. (1993): «The Archon's Name in the Athens-Egesta Alliance (IG I<sup>3</sup> 11)», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 98: 171-174.
- CHAMBERS, M. (1994): «Reading Illegible Greek Inscriptions: Athens and Egesta», *Thetis*, 1: 49-52.
- CHAMBERS, M., GALLUCCI, R. y SPANOS, P. (1990): «Athens' alliance with Egesta in the year of Antiphon», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 83: 38-63,

- COLONNA, G. (1984): «Apollon, les Etrusques et Lipara», *Mélanges de l'École Française de Rome*, 96: 557-578.
- CORDANO, F. (1974-76): «PHONOS HELLENIKOS MEGISTOS», *Attie e Memorie della Società Magna Grecia*, 15-17: 203-206.
- CORDANO, F. y DI SALVATORE, M. (eds.) (2002): *Il guerriero di Castiglione di Ragusa: greci e siculi nella Sicilia sud-orientale*, Roma, L'Erma di Bretschneider.
- CRISTÓBAL, V. (1993): «Virgilio, Troya, Roma y Eneas», *Polis*, 5: 59-72.
- CRISTOFANI, M. (1994): «A proposito di Serdaioi e di Etruschi», *Parola del Passato*, 49: 284-285.
- D'ANDRIA, F. (1990): «Monte Papalucio», en D'ANDRIA, F. (ed.): *Archeologia dei Messapi*, Bari, Edipuglia: 239-307.
- DE ANGELIS, F. (2009): «Colonies and colonization», en BOYS-STONES, G., GRAZIOSI, B. Y VASUNIA, P. (eds.): *The Oxford Handbook of Hellenic Studies*, Oxford, Oxford University Press: 48-64.
- DE ANGELIS, F. (2010): «Colonies and Colonization, Greek», en GAGARIN, M. (ed.): *The Oxford Encyclopedia of Ancient Greece and Rome. Vol. 2*, Oxford. Oxford University Press: 251-256.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J. (1988): «El comercio cnidio en el Mediterráneo y la fundación de Lipara», en HACKENS, T. (ed.): *Navies and Commerce of the Greeks, the Carthaginians and the Etruscans in the Tyrrhenian Sea*, Estrasburgo, Conseil de l'Europe: 84-100.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J. (1989): *La colonización griega en Sicilia. Griegos, indígenas y púnicos en la Sicilia Arcaica: Interacción y aculturación. B.A.R. Int. Series, 549*, Oxford, B.A.R.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J. (2000): «Interacción entre indígenas y griegos en el Sur de Italia y Sicilia en época arcaica», en RUIZ MATA, D. (ed.): *Fenicios e indígenas en el Mediterráneo y Occidente: Modelos e interacción*, El Puerto de Santa María, Ayuntamiento de El Puerto de Santa María: 119-172.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J. (2006): «Greeks in Sicily», en TSETSKHLADZE, G.R. (ed.): *Greek Colonisation. An Account of Greek Colonies and Other Settlements Overseas. Vol. I*, Leiden, Brill, 253-357.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J. (2010a): «Colonización y emigración en Masalia y la creación del cuerpo cívico de la pólis», en FORNIS, C., GALLEGO, J., LÓPEZ, P. y VALDÉS, M. (eds.): *Dialéctica histórica y compromiso social. Homenaje a Domingo Plácido. Vol. 1*, Zaragoza, Pórtico: 377-401.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J. (2010b): «Dos religiones en contacto en ambiente colonial. Griegos y no griegos en la Sicilia antigua», *Polifemo*, 10: 131-184.
- ERSKINE, A. (2001): *Troy Between Greece and Rome. Local Tradition and Imperial Power*, Oxford, Oxford University Press.

- FIGUEIRA, T.J. (1984) «The Lipari Islanders and their system of communal property», *Classical Antiquity*, 3: 179-206.
- FRASCA, M. (1983): «Una nuova capanna “sicula” a Siracusa, in Ortigia: tipologia dei materiali», *Mélanges de l'École Française de Rome*, 95: 565-598.
- GALVAGNO, E. (1991): «Ducezio “eroe”: storia e retorica in Diodoro», en *Mito, Storia, Tradizione. Diodoro Siculo e la storiografia classica*, Catania, Edizioni del Prisma: 99-124.
- GIANGIULIO, M. (1992): «La PHILOTES tra Sibariti e Serdaioi (Meiggs-Lewis, 10)», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 93: 31-44.
- GIANGIULIO, M. (1997): «Atene e la Sicilia occidentale dal 424 al 415», en *Seconde giornate internazionali di studi sull'area elima Pisa*, Gibellina, Scuola Normale Superiore: 865-887.
- GRECO, E. (1990): «Serdaioi», *Annali del Istituto Orientale di Napoli, Area di Archeologia*, 12: 39-57.
- HALL, E. (1989): *Inventing the Barbarian. Greek Self-Definition through Tragedy*, Oxford, Clarendon Press.
- HALL, J.M. (2002): *Hellenicity. Between Ethnicity and Culture*, Chicago, The University of Chicago Press.
- HODOS, T. (2006): *Local Responses to Colonization in the Iron Age Mediterranean*, Londres, Routledge.
- JACKMAN, T. (2006): «Ducetius and fifth-century Sicilian tyranny», en LEWIS, S. (ed.): *Ancient Tyranny*, Edimburgo, Edinburgh University Press: 33-48.
- JIMÉNEZ, A. (2011): «Pure hybridism: Late Iron Age sculpture in southern Iberia», *World Archaeology*, 43: 102-123.
- LOMBARDO, M. (1992a): «Greci e messapi nel V sec. a.C.: fonti, eventi e problemi storici», in *Aspetti della Storia del Salento nell'Antichità*, Cavallino, Capone Editore: 6-109.
- LOMBARDO, M. (1992b): *I Messapi e la Messapia nelle fonti letterarie greche e latine*, Galatina, Congedo Editore.
- LOMBARDO, M. (2002): «PEMA LAPYGESSI: Rapporti con gli Iapigi e aspetti dell'identità di Taranto», en *Taranto e il Mediterraneo. Atti del XLI Convegno di Studi sulla Magna Grecia*, Tarento, ISAMG: 253-279.
- LONIS, R. (1980): «La valeur du serment dans les accords internationaux en Grèce classique», *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 6: 267-286.
- LUPPINO, E. (1980): «XENIA e PROXENIA a proposito di ARTAS DYNASTES TON MESSAPION (Thuc. VII, 33, 3-4)», *Rivista Storica dell'Antichità*, 10: 135-143.
- MERANTE, V. (1967): «Pentatlo y la fondazione di Lipari», *Kokalos*, 13: 88-104.
- MICCICHÈ, C. (2006): «Ducezio fra Akragas e Siracusa», en MICCICHÈ, C., MODEO, S. y SANTAGATI, L. (eds.): *Diodoro Siculo e la Sicilia indigena*, Palermo, Regione Siciliana: 121-134.

- MUSTI, D. (1981): «"Una città simile a Troia". Città troiane da Siri a Lavinio», *Archeologia Classica*, 33: 1-26.
- NENCI, G. (1976): «Il BARBAROS POLEMOS fra Taranto e gli Iapigi e gli ANATHEMATA tarentini a Delfi», *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa*, 6: 719-738.
- NENCI, G. (1987): «Troiani e Focidesi nella Sicilia Occidentale. (Thuc., 6, 2, 3; Paus, 5, 25, 6)», *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa*, 17: 921-933.
- NENCI, G. y CATALDI, S. (1983): «Strumenti e procedure nei rapporti tra greci ed indigeni», en *Forme di contatto e processi di trasformazione nelle società antiche*, Pisa-Roma, Scuola Normale Superiore-École Française de Rome: 581-605.
- PRESTIANNI GIALLOMBARDO, A.M. (2006): «Ducezio, l'oracolo e la fondazione di Kale Akte», en MICCICHÈ, C., MODEO, S. y SANTAGATI, L. (eds.): *Diodoro Siculo e la Sicilia indigena*, Palermo, Regione Siciliana: 135-149.
- RIZZO, F.P. (1970): *La repubblica di Siracusa nel momento di Ducezio*, Palermo, U. Manfredi.
- SAMMARTANO, R. (2003): «Riflessioni sulla "troianità" degli Elimi», en *Quarte Giornate Internazionali di Studi sull'area elima, III*, Pisa, Scuola Normale Superiore, 1115-1148.
- SIMON, E. (2001): «Rom und Troia. Der Mythos von den Anfängen bis in die römische Kaiserzeit», en *Troia. Traum und Wirklichkeit*, Stuttgart, Konrad Theiss Verlag: 154-173.
- TSETSKHLADZE, G.R. (2006): «Revisiting Ancient Greek Colonisation», en TSETSKHLADZE, G.R. (ed.): *Greek Colonisation. An Account of Greek Colonies and Other Settlements Overseas. Vol. I*, Leiden, Brill: XXIV-LXXXIII.